

# la columna DE RAMÓN DÍAZ

SOBRE ESTO Y AQUELLO

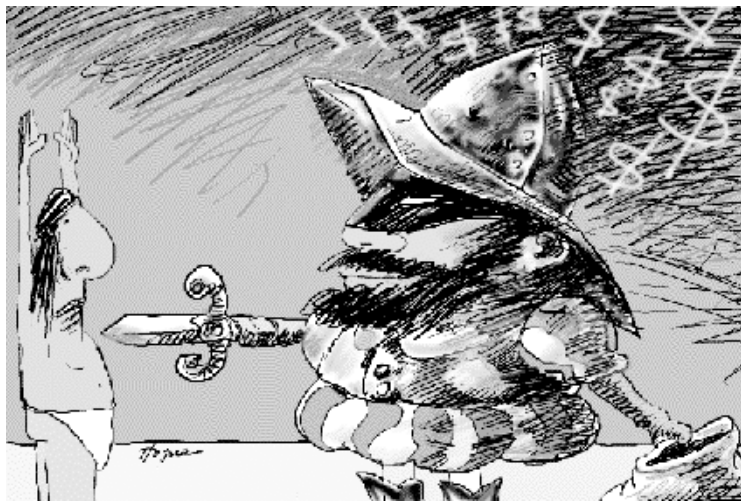
Sin duda, el sometimiento de los pueblos americanos es el factor que irradia mayor daño, tanto para los dominantes como para los dominados

## Inconveniencencia del imperio

Hace poco —como todos los años— recordamos el descubrimiento de América. Aunque el feriado les venga bien a muchos, no creo que la ocasión despierte mucho entusiasmo. Con ocasión del quinto centenario, nueve años atrás, muchos afirmaron no saber qué era lo que se festejaba. Viendo lo mal que le ha ido a la mayoría de los países iberoamericanos, y el flaco favor que le hizo a la Madre Patria la Conquista, yo tampoco me siento seguro de que haya en aquel acontecimiento un objeto válido de festejo. Por descontado que, de haberse frustrado la iniciativa de Colón, nuestro continente no habría quedado ignoto para la civilización occidental por mucho tiempo. El contacto de ésta con las civilizaciones indígenas americanas, podría haberse establecido, de no haber Isabel apoyado al controvertido genovés, de alguna otra manera. Como ejercicio intelectual, me parece interesante especular al respecto conforme a los lineamientos de la historia hipotética: lo que en inglés llaman counterfactual history.

Sin duda, el sometimiento de los pueblos americanos es el factor que irradia mayor daño, tanto para los dominantes como para los dominados. Para éstos, la catástrofe fue patente. Los aborígenes quedaron en una situación de servidumbre, sin los límites que la tradición imponía en la Edad Media a los señores en la explotación de sus súbditos, y fueron compelidos a trabajos que, excediendo de sus fuerzas naturales, o de su nivel de nutrición, contribuyeron a diezmarlos. Se buscó paliar su situación importando mano de obra africana en régimen de esclavitud, lo que por sí solo bastaría para descalificar moralmente toda la empresa colonizadora de España.

En cuanto a la metrópoli, no cabe duda que la explotación de la mano de obra servil y esclava tiene que haber enriquecido a muchos, pero el conjunto del Estado español entró en una tremenda pendiente regresiva en lo económico y en lo cultural. Por de pronto, los metales preciosos apenas pasaron por la península, yen-



do a nutrir en toda Europa una inflación del orden del 100% en el curso del siglo XVI. Por otra parte, la inversión de la Corona en el Nuevo Mundo —iglesias, universidades, palacios públicos— sólo le ganó fama de desprendimiento a costa de sumirla en la ruina financiera. La flor y nata de la juventud española abandonaba su tierra natal para hacer fortuna en las Indias, dejando en la patria vieja un vacío insondable. Parte de los costos para ésta provenía de su condición de monopolista del comercio con las colonias. Esta exclusividad desinteresó a las demás potencias europeas en cuanto a ejercer la policía de los mares, haciendo que los metales preciosos tuviesen que transportarse en convoyes escoltados por la marina de guerra española, como única protección eficaz contra los corsarios. Ello ponía el costo del transporte por las nubes. Como un navío mercante en esas condiciones no podía completar más que un viaje al año, el tiempo que insumía recolectar todos los buques mercantes antes de la travesía conducía a un cociente de cargas sobre el stock disponible de bodegas sumamente bajo. Un consiguiente prodigio de construcción naval despobló la meseta castellana de los numerosos bosques que en buena parte la cubri-

an, y —de lo cual tanto se duele Azorín— transformaron su clima fértil en la tierra semidesértica que aún hoy encontramos allí.

De hecho, España, al completar la reconquista de la península a fines del siglo XV, era la primera potencia militar europea. Un par de siglos más tarde representaba una fuerza de tercer orden. Culturalmente, el oro del siglo XVI pronto se transformó en metal vil. Principia Matemática, la obra cumbre de Newton, cuyo tomo I aparece en 1686, no es importado a España hasta el siglo XIX, vista la ausencia de toda persona capaz de entenderla; y, en materia filosófica, a mediados del siglo XIX se plasma la convicción de que España ha perdido contacto con lo que se está enseñando y publicando en Europa, al punto que, en 1843, el gobierno decide enviar por su cuenta a Alemania a Julián Sanz del Río (“un buen señor castellano, natural de Torre Arévalo” al decir de Menéndez Pelayo) a investigar cuáles eran las ciencias arcanas que por allí se enseñaban.

Todo lo cual parece sustentar la hipótesis de que el imperialismo no es un juego de suma cero —lo que pierde un jugador es porque los otros se lo han ganado— sino de suma negativa —todos en conjunto terminan peor de lo que empezaron, como también lo sugiere la

experiencia portuguesa en la India y África, previa a la española en el Nuevo Mundo. De modo que en nuestra historia hipotética tendríamos que postular un contacto de la civilización del Oeste europeo con las de allende el Atlántico acaecida sin conquista. Por lo tanto, que sus relaciones fuesen otras que la sujeción y la sumisión, y que transcurriesen sin ser impuestas, sino desarrolladas voluntariamente. Lo que a su vez implica que esas relaciones serían predominantemente comerciales. En efecto, cuando dos civilizaciones se aproximan recíprocamente, es para pelear o para traficar. En este segundo caso, a estar a la ciencia económica, de Adam Smith en adelante, y de acuerdo además con la experiencia universal, el juego es de suma positiva: todos los jugadores terminan la partida mejor que como la empezaron.

Noten que sería fácil exagerar la diferencia entre lo hipotético y lo real. Colón partió de Palos con la santa intención de encontrar una ruta mercantil más corta para llegar a las Indias que la portuguesa rodeando África. Si Dios no le hubiese puesto al continente americano en el camino, y si el radio de la tierra hubiese sido tan pequeño como él esperaba, la ruta de Colón habría sido mucho más breve que la de Vasco da Gama, y le habría

dado a España una ventaja temporal en el comercio con Oriente. Pero ningún territorio en India ni China ni Japón habría sido susceptible de ser considerado, como fue América, res nullius (tierra de nadie) y por lo tanto apropiable por el descubridor. Otros estados habrían seguido al español, ya que no había medio de patentar el nuevo itinerario. Retornando a América, barcos de los más diversos orígenes se habrían acercado a nuestras costas. En busca de oro, nuevamente, pero ahora trayendo mercancías para cambiarlas por él, y en un marco competitivo que hubiese impedido la explotación de los aborígenes.

Si los españoles no hubiesen estado obnubilados en su caverna mercantilista, tal vez hubiesen podido abrir el comercio con América a la competencia mundial, sin perjuicio de enviar sus misioneros, pero entonces portando la cruz sin el aditamento espurio de la espada. Habrían tenido menos conversos, pero más auténticos, y se habrían evitado su propia cruel decadencia. Los indios habrían importado de Europa ruedas para fabricar carros y —una vez averiguado el valor aproximado de pi— podrían haber construido las ruedas ellos mismos. Similarmente, habrían tenido acceso a la tecnología occidental de la época, proveyéndose, entre otras innovaciones, de sierras, clavos y tenazas, y habrían fabricado también ellos para la exportación, aparte de sus ventas agrícolas de maíz, papas, tabaco y otras novedades para Europa. La influencia cultural del Viejo Mundo, voluntariamente recibida —el comercio internacional es un admirable transmisor de culturas— habría permitido un renacer de sus civilizaciones estancadas. En lugar de ello, los “descubridores”, vueltos conquistadores, acumularon un error sobre otro. Dejaron una herencia de inestabilidad política, confusión económica, y resentimientos étnicos de los que no hemos logrado aún salir. Y todavía, cuando alguien nos señala que los errores de los colonizadores ingleses fueron mucho menores, nosotros cerramos ojos y oídos, y los remitimos a la lectura del Ariel de Rodó.